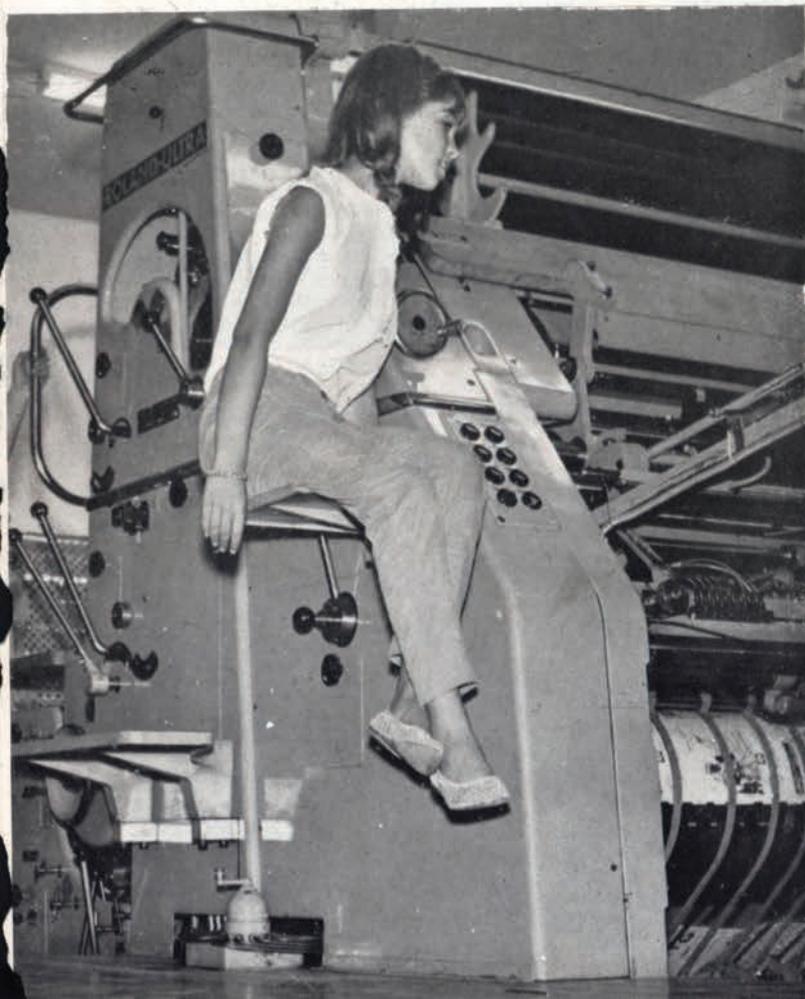




Marisol agradeció amablemente nuestro ramo de flores. Pero como la gran artista es, en realidad, una niña como otra cualquiera, sin duda agradeció mucho más la caja de bombones

—¡Huy...! ¡Qué complicada y qué grandísima! —exclamó Marisol ante la moderna rotativa «offset». Y aceptó ilusionada la sugerencia que le hizo el señor Vernet de que se encaramase a ella



¡UNA ESTRELLA HA PASADO POR NUESTRA REDACCION!

—Anda, Pepi, vámonos ya.

La niña, dócil y acostumbrada a la disciplina, nos alargó la mano, haciéndonos ese guiño infantil y picaresco tan característico en su personalidad y que tan bien conocen todos sus admiradores.

Cruzamos los últimos apretones de manos con don Manuel Goyanes, su representante y apoderado y el coche partió.

«¡Ha pasado una estrella!», hubiésemos podido exclamar entonces. Pero creo que, en el fondo, ninguno de los que con ella charlamos sentíamos esta impresión. Nosotros apenas habíamos reconocido a la internacionalmente famosa Marisol (Pepita es su nombre verdadero y Pepi la llaman sus familiares y amigos), en esa chiquilla menuda, de sonrisa fácil y espontánea, esa chiquilla que se interesa por todo cuanto le enseñan y por todo se sorprende, pidiendo más detalles cuando una explicación no le satisface por completo. ¡Es tan distinta de como nos imaginábamos que sería una niña que apenas adolescente es tan popular que la gente se vuelve siempre a su paso por las calles y que ahora, después de su triunfal gira por América, está ya preparando otra por Europa!

Llegó a nuestra Redacción acompañada de su apoderado, de las dos niñas de éste, que son también sus mejores amigas, Ana Rosa y Mari Carmen, y de un matrimonio amigo.

Mientras don Manuel Goyanes mantenía un interesante cambio de impresiones con los señores González, Gomiz e Ilario en relación con la nueva revista que tenemos en preparación, acompañé a las niñas a dar una vuelta por nuestras oficinas y talleres de Camps y Fabrés, donde se celebraba la entrevista.

A Marisol le interesaba poco lo que en aquel despacho se discutía, aunque le afectaba muy directamente, pero le interesaron mucho, en cambio, nuestras distintas dependencias, las salas de máquinas, el laboratorio fotográfico... ¡y como cualquier chiquilla de su edad, e igual que sus dos amiguitas, abrió mucho los ojos cuando les dije que podían elegir entre un montón de revistas y llevarse todas las que quisieran!

—Nosotras coleccionamos los «Sissi» —afirmó Mari Carmen, mientras sus manos revolvían el montón—, pero hemos pasado el verano en Mallorca y ahora nos faltan algunos números.

—¿Qué opinas de nuestras revistas femeninas? —le pregunté a Marisol.

Me miró sonriendo.

—Me las compro todas. ¿Quieres mejor opinión?

Además de simpática, lista y rápida en sus respuestas. ¡Bien por Marisol!

—¿Cómo soportas la popularidad de que estás rodeada...? ¿Llega a cansarte en alguna ocasión?

—No, por el contrario, ¡siempre me encanta! Es estupendo eso de tener tantos amigos en todas partes. ¡Huy...! ¡Qué páginas tan grandes! —exclama a renglón seguido, cogiendo un original—. ¿Hay revistas tan grandes?



▲ La pequeña Margarita González está muy satisfecha del gesto cordial con que Marisol rodea sus hombros ¡Cómo presumirá después ante sus amiguitas del colegio! Al fondo, Mari Carmen Goyanes, ajena a todo lo que no sean las revistas que le hemos dado para elegir y nuestros dibujantes Jaime González y Marcelo Guillamón

Marisol nos muestra una de las hojas que más tarde formarán parte de una edición juvenil, aquí aún en proceso de impresión y que, como todo lo que vio, merecieron también su especial atención

▼ También los misterios del laboratorio fotográfico interesaron particularmente a la juvenil estrella. La vida, para ella, es como una maravillosa y siempre renovada aventura



—Desde luego que no. Esto es un dibujo original. Se reduce al hacer el grabado o la película.

Marisol pide algunas aclaraciones antes de abandonar ese tema. Como antes dije, todo le interesa.

Después de visitar el Departamento de Revistas bajamos a los talleres de Belgraf. El señor Vernet, amable, nos acompaña por todas las dependencias.

Y Marisol se encarama a la más grande de nuestras máquinas, se inclina sobre los negativos que flotan en el agua de las piletas, observa las grandes láminas ya grabadas, pasea por entre los operarios del laboratorio, observando atentamente cómo rectifican y corrigen algunas películas...

—¡Qué grande, pero qué grandísimo es todo eso! —exclama con su peculiar gracejo de andaluza simpática—. Nunca imaginé que pudiese ser tan grande una editorial.

—Y esto es sólo un edificio. El de Mora la Nueva es mucho mayor aún...

—¡Ahí va...!

Marisol charla también amigablemente con unos dibujantes que han venido expresamente para conocerla y firma muchos, muchos autógrafos... Y, siempre amable, se deja fotografiar con unos y con otros, de perfil, sonriendo, seria..., aunque eso último le resul-



ta un poco difícil. ¡Ella es la gracia y la simpatía personificadas!

Hace ya una hora que Marisol llegó. Al salir de los talleres de Belgraf nos dicen que la entrevista, arriba, ha finalizado ya. Don Manuel Goyanes baja en el ascensor acompañado de don Rafael González y don Francisco Gomiz.

—Esta tarde tenemos que asistir a la proyección de «Tómbola». Y aún tenemos que cambiarnos.

Marisol y las niñas de Goyanes advierten entonces que se han olvidado las revistas en el Departamento del primer piso. Una rápida carrera para recogerlas. A Marisol no le gusta hacer esperar a nadie. Ni su representante, que más que representante es un tutor para ella, se lo permitiría. A Marisol la educan como a otra niña cualquiera, sin permitirle caprichos ni excentricidades.

Volvemos a bajar. Apretones de manos, gestos de despedida...

¡Ha pasado una estrella!

No.

¡Ha pasado Marisol!